



“HERMANOS TODOS”

Escrito dominical, 15 de noviembre

El pasado 3 de octubre, víspera de la fiesta del “poverello” de Asís, el Papa Francisco nos regalaba su tercera encíclica. De los frutos que puede traernos su lectura, me atrevo a señalar cinco hallazgos a los que merece la pena dedicar nuestra atención:

1) **Una inspiración en los santos:** la figura de san Francisco de Asís y sus llamadas para el hombre de nuestro tiempo son la obertura inicial. El santo “no hacía la guerra dialéctica imponiendo doctrinas, sino que comunicaba el amor de Dios”, escribe el Papa, y “fue un padre fecundo que despertó el sueño de una sociedad fraterna”, una llamada que antes de ser grito de la revolución, ha sido esencia del Evangelio de Cristo.

2) **Un diagnóstico de nuestro tiempo: la herida del individualismo.** El Papa describe nuevas formas de egoísmo y de pérdida del sentido social que amenazan con hacernos más globales, pero no más hermanos. Ese individualismo “sin contenidos” ha roto muchos sueños y amenaza con crear condiciones para la proliferación de nuevas guerras. Francisco recorre las iguales amenazas que suponen populismo y liberalismo, globalismo y localismo, unitarismo o pluralismo relativista.

3) **Una lección de la pandemia: no podemos salvarnos solos.** La pandemia ha dejado al descubierto nuestras falsas seguridades. La mirada del Papa se para en “la ilusión de la comunicación” en que vivimos. La conexión digital ha manifestado también que no basta para tender los puentes que unen a la humanidad. Un diagnóstico de sus carencias (invasión de la intimidad, vinculación febril, agresividad, noticias falsas, información sin sabiduría...) revela que “hacen falta gestos físicos, expresiones del rostro, silencios, lenguaje corporal, y hasta el perfume, el temblor de las manos, el rubor, la transpiración, porque todo eso habla y forma parte de la comunicación humana” (n. 43).

4) **Una imagen: el Buen Samaritano.** El capítulo II hace una lectura de esta parábola. En todas las páginas de la encíclica permanece de fondo Jesucristo, que “unge nuestras heridas con el aceite del consuelo y el vino de la esperanza”. La historia se repite por “no tener en el corazón la apertura al otro, el amor por el bien común”. También denuncia que “creer en Dios no garantiza vivir como a Dios le agrada”. La nueva concepción del “prójimo” que inaugura Jesucristo da paso a una descripción de la “fenomenología del amor fraterno”. El capítulo tercero contiene algunas de las páginas más bellas de la encíclica, en ese sentido. “Un ser humano está hecho de tal manera que no se realiza, no se desarrolla ni puede encontrar su plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás” (n. 87). Por eso, el mayor peligro es no amar. Amar es “considerar al otro como uno consigo” (Sto. Tomás), en un dinamismo que reclama creciente apertura. Llama la atención la descripción de los frutos del Espíritu Santo: en la “benevolencia” (n. 112) o la “amabilidad” (n.223) se encuentra una fuerza poderosa para favorecer la reconciliación y la paz.

5) **Un reto: ensanchar la fraternidad hasta hacerla universal.** Es una vocación inscrita en el corazón de la familia humana, que las ideologías han adulterado. “Los creyentes pensamos que, sin una apertura al Padre de todos, no habrá razones sólidas y estables para esta llamada a la fraternidad”. Esa unidad originaria es la que garantiza la verdadera “libertad, igualdad y fraternidad”. Probablemente, la mayor propuesta de la encíclica es la consideración de esa amistad social, la “fraternidad”, como fundamento del derecho internacional. Es muy interesante el recorrido que el Papa hace por la Doctrina Social de la Iglesia: prioridad del destino universal de los bienes, solidaridad, subsidiariedad, dignidad y promoción del trabajo como salida de la pobreza... aplicándolos a la situación actual.

Se nota que esta encíclica ha brotado del corazón del Papa. Como él mismo reconoce que “brotó del Corazón de Jesús” (n. 270) el rechazo de la violencia fratricida. Contagiémonos de esa magnanimidad que sueña abrazar a todos en “un solo corazón y una sola alma” (Hch. 4, 32), a pedir un “corazón de hijos” para tener “corazón de hermanos”. ¡Buena lectura!

✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo
Primado de España